
DESDE EL FEMINISMO

Hablar del discurso del amor desde el feminismo no es tarea fácil, como no lo es desde ningún lado según hemos visto en este Encuentro. Sin duda es más fácil vivirlo y por lo menos, eso sí, mucho más placentero.

He de confesar que durante toda la semana dudé acerca de la forma de abordaje del tema: ¿debía remontarme a los/las clásicas, de antes y de ahora sobre el tema?, ¿debía intentar hacer un collage de experiencias varias?, ¿debía ser provocadora o mesurada en este discurso?

La dificultad última, creo, reside en el prurito de como hacerse cargo, desde un movimiento social y desde una concepción que pretende ser general, de un sentimiento, de una experiencia individual que atraviesa el mundo de la subjetividad particular, de un fenómeno emotivo que cada sujeto vive en lo más hondo e íntimo de su ser.

Y sin embargo, sí creo que existe una perspectiva feminista del amor, un punto de vista y aún una oferta amorosa del feminismo, aunque no creo que existan historias amorosas feministas, o que puedan catalogarse así; cuando más historias de amor que viven, gozan y sufren las feministas como sujetos concretos.

Es más ¿desde qué feminismo hablar? porque también aquí, si bien se pretende dar cuenta de una posición y postura social, de enunciar y luchar contra la condición subordinada en que son colocadas las mujeres en razón de su sexo-género en esta sociedad, el ser feminista no es un atributo natural de las mujeres ni, con mucho, una perspectiva generalizada de su ser social.

Es una propuesta teórico-vivencial que implica reflexionar sobre la identi-

* Profesora adscrita a la Coordinación de Sociología de la FCPyS-UNAM.

dad propia y confrontarse con una forma aprendida de ser; es, por ésto, un recurso que, al tiempo que a las mujeres que lo asumen les puede brindar un marco de contención, de explicación de su ser, también las obliga necesariamente a un modificar o intentar remodelar aspectos que, a través de la historia, la cultura y el lenguaje se nos han hecho intrínsecos con nuestra personalidad.

Y cuando decimos modificar o remodelar nos referimos, no a una obligatoriedad donde el cambiar nos haga perder la propia referencia psíquica y corporal, sino que hablamos de una opción responsable por la que efectivamente intentamos tomar en nuestras manos nuestra identidad, hacernos cargo de nuestro destino y con él diseñar en lo posible (y con lo que nos deja el inconsciente) una forma y un proyecto de vida.

No es, creo, que el feminismo pretenda (pretensión que por lo demás sería muy "pretenciosa"), imprimir la racionalidad en el curso de nuestras vidas; no, creo que lo que sí se intenta es dotar a las mujeres y a los hombres de rasgos de una identidad humana más clara y más asumida donde, al tiempo que se juegan los rasgos particulares de la personalidad (marcados fundamentalmente, como se ha visto aquí, por las experiencias y modelo más primarios y por la novela familiar de cada quién) se concibe que es posible, también, subvertir una serie de condicionantes socialmente construidas que hemos profundamente interiorizado.

En este sentido la opción responsable de la que habla el feminismo no es un necesario cambio a lo que debe ser (sí bien el feminismo también ha creado en sus distintos momentos una larga serie de estereotipos), sino un hacerse cargo de la opción elegida.

Desde aquí no es un discurso de la certeza, aunque cabe decir que para que haya logrado ser escuchado o relativamente escuchado, tuvo que erigirse desde la confrontación abierta, desde el escandalizar y amenazar el orden social.

Dentro de estos estereotipos los más comunes muestran a las feministas como seres autoritarios, rígidos, egófstas, autosuficientes, castrantes, demandantes; la imagen de las Amazonas o guerreras no está muy ausente de estos desvíos que producen, también porque conviene que produzcan, tanto rechazo a la propuesta feminista.

Y no quiere decir que las feministas, así todas, sean unas blancas palomas, seguramente hay muchas autoritarias, castrantes, rígidas, demandantes, etc. Pero ésto no pasa por un asumir una postura ante la vida o una concepción del mundo sino por las historias propias de cada una; si bien sería interesante rastrear el cúmulo de carencias particulares que permiten encontrar en el feminismo una identidad colectiva, la cual tampoco inválida que cada una viva, asuma e implemente en sus propia vida, de manera diferenciada, los grandes postulados del feminismo.

Por ésto es difícil hablar a nombre del feminismo: existen distintas corrien-

tes, de hecho hay muchos feminismos, no caben todos en un mismo saco y ésto es así porque el feminismo es también un discurso político.

En este sentido sí tengo que decir y que confesar aquí que me inscribo en una de estas corrientes que, por lo demás me parece la más adecuada a los tiempos que vivimos; frente a los años sesenta y setenta donde la radicalidad pasaba por denunciar la opresión específica de las mujeres (cosa que no está de más decir creo que es una tarea que debe permanecer) y querer de alguna manera revertir la tortilla o marginarse del proceso de contacto con el otro; en los años noventa, me parece que la propuesta pone hincapié (si bien no abandona lo anterior) en hablar de una concepción global del mundo, en recuperar la apuesta de una nueva utopía que asume que es posible construir un nuevo tipo de vínculo humano entre los géneros.

Se parte de un sentido de realidad y de la constante y permanente constatación de la opresión específica de las mujeres por el hecho de serlo.

Me parece en este sentido y en referencia al amor que no en balde se le atribuyen distintos pesos genéricos al mismo: no vivimos igual la experiencia amorosa los hombres que las mujeres desde, según algunos por diferencias biológicas hasta, según otros, por pautas culturales introyectadas.

Hay un marco diferencial de entrada: el amor en tanto que experiencia individual que atraviesa el mundo de la subjetividad, opera de manera privilegiada en el llamado ámbito privado donde (más allá de la pertinencia de estas categorías en el debate actual) las mujeres han sido histórica y socialmente relegadas, mientras los hombres se han desenvuelto prioritariamente en el llamado ámbito público.

Para las mujeres el mundo privado, la cotidianidad, el sentir, la familia, los hijos, etc., les constituye la identidad. De ahí que carguemos, como un gran saco de piedras, con las preocupaciones domésticas, emocionales y afectivas a todos aquellos lugares donde nos movemos del espacio público.

Los hombres, por el contrario, encuentran su potencialidad creadora en el ámbito público y tienen una mayor capacidad (¿será capacidad o será carencia?) para disociar y sublimar sus problemas (que si los tienen) en el trabajo, la política, etc.

Si las mujeres, feministas incluidas, estamos invadidas (y nos la pasamos pensando, fantaseando, sufriendo, interpretando y reinterpretando señales de amor) los hombres demarcan la competencia de este sentimiento en momentos y espacios muy delimitados.

Si a las mujeres amas de casa se les pasa la sal en la comida cuando están enamoradas y a las profesionistas o "intelectuales" se les borran los diskets de la computadora cuando tienen problemas sentimentales, los hombres viven estas situaciones de otra manera. ¿De qué manera? Aquí sí me deslindo porque creo eso les compete decirlo a los hombres en tanto se atrevan a preguntarse y a contestarse sobre sus emociones.

En estos días hemos escuchado ponencias que hablan del encuentro amoroso como siempre un reencuentro con episodios muy primarios del sujeto que delimitan tanto la búsqueda de pareja como la construcción imaginaria del objeto de amor.

En este sentido, un reencuentro que pretende así mismo reparar las carencias y recuperar la completud; tarea que, por imposible, suena titánica pero que mueve a esa búsqueda insaciable de amor.

¿Por qué las mujeres centran su vida en el amor? y aquí el objeto de amor no importa: pueden ser los hijos, la pareja hetero u homosexual, el propio cuerpo. Si hay alguna respuesta no creo que ésta sea sólo la existencia de una pauta aprendida, sino que también habría que contemplar el cúmulo de carencias que arrastramos.

¿Cuál sería esta completud para el feminismo? creo que, en un primer acercamiento, el recuperar o más bien construir a la mujer como sujeto y como adulto, lograr encontrar su identidad no ya en el ser de otro sino en el uno, de ahí la tarea terca, necia, incisiva, que nos hace “insoportables”, de buscar la equidad en la pareja.

Y digo equidad y no igualdad porque si bien el feminismo desde de los años sesenta ha pasado por distintos momentos, hoy ésta cuestión no se manifiesta sólo ya por quién lava los trastes o va al mercado; sino por una serie de dificultades más profundas que conlleva una relación entre sujetos autónomos, que implica respeto y sobretodo reciprocidad.

Esta, la reciprocidad, se convierte en un elemento clave del discurso feminista ya que, si se quiere un nuevo tipo de vínculo humano, no se puede aspirar a reproducir una situación de subordinación en alguno de los polos de la relación (comúnmente la mujer) ni a que ésta asuma o sea asumida como subalterna. Puede expresarse así: si se está dispuesta a dar se exige y se demanda que también se le de.

Esta sí es una diferencia entre el conjunto de mujeres y la minoría de feministas, o lo que es lo mismo, no todas las mujeres son feministas en tanto que no tienen (y en muchos casos no quieren tener) una conciencia genérica de su rol social. Si la mujer en general ha, o más bien, hemos aprendido que nuestro destino es ver, velar, atender a otros (como cuasi esencia de nuestra identidad) no cabe entonces demandar ser atendida ni tomada en cuenta en la propia necesidad.

Esta demanda de reciprocidad que efectivamente las feministas hacen, no aparece como un problema claro en el enamoramiento, en tanto que emoción pura y pura ilusión, pero sí en la construcción del amor.

Precisamente por el cambio de calidad que se da en este proceso —y aquí la referencia obligada es Alberoni cuando habla del enamoramiento como un estado naciente y del amor como una institución—, creo que esta perspectiva no tiene valores morales (¿quién puede decir qué es mejor?) sólo son diferentes

y necesarios en tanto que nadie, por lo demás, puede mantener permanentemente el gasto energético que implica el enamoramiento.

Pero en tanto que el feminismo asume que el sentimiento cambia, se niega a aceptar como fatal que el fin del enamoramiento sea una relación insatisfactoria (para ambos, pero más concretamente para las mujeres —a la manera de una de las fantasías de la película sobre adolescentes que vimos ayer) y es desde ahí que elabora un diseño distinto.

Ahora bien, para las mujeres resulta muy importante todo el juego y contacto amoroso pre y postcoital (de ahí también que Alberoni hable de distintos erotismos) y que nos fascinem y nos encante tanto el enamoramiento (la mirada furtiva, el encuentro casual provocado, la ansiedad que provoca que digamos cosas impertinentes [Cinema Paradiso]) pero es claro que éste no permanece, que necesariamente da paso a otras etapas.

En el enamoramiento uno vuelve a la relación simbiótica primaria, se idealiza al sujeto, se le depositan y atribuyen las carencias propias y el encuentro es total, lo malo o negativo es dejado de fuera. En el enamoramiento es tal la vitalidad y la alegría por vivir que se es capaz de construir lealtades profundas, de enfrentar todos los cambios, de subvertir lo cotidiano para, sin ninguna certeza ni garantía, apostarle a un proyecto. Para las mujeres, es tanto lo que se deposita en este momento, que el aterrizaje en la realidad resulta en lo común, sumamente doloroso.

Cuando pasa el enamoramiento, se incorpora a la relación lo negativo, el sujeto se vuelve más real y humanamente imperfecto, se rompe un ideal, se viven crisis y duelos y depresiones, se tiene que volver a reconstituir el yo y asumir que uno tiene faltas, que el otro tiene las suyas propias y que no hay complemento posible, si bien si una opción de crecimiento mutuo, acompañando con esas faltas.

Ante la crisis natural del enamoramiento se aparecen únicamente 3 opciones: la ruptura si no se logra asumir este nuevo momento; el mantener relaciones parciales (que dicho sea de paso, son las más comunes en nuestra sociedad y por las que las mujeres asumen un destino fatal de insatisfacción, mientras los hombres viven una disociación y esquizofrenia funcional por la que mantienen a su mujer en la casa cuidando a los niños, con todas las ventajas que ésto les reporta —a nivel de tranquilidad, de reproducción social cotidiana y también de respiro afectivo— y se dan chance de flirtear, mantener relaciones paralelas eventuales o francamente ser infieles consuetudinarios recreando una fantasía de harem que, finalmente, tampoco les brinda un vínculo humano en tanto no contempla un compromiso real y asumido.

La tercera opción implica la integración, que es precisamente seguir adelante de una manera madura, aprendiendo (cosa no fácil) a tolerar las diferencias, luchando por integrar historias personales y genéricas disímiles,

ponderando la comunicación, la confianza mutua y concibiendo que si el enamoramiento se da, el amor se construye.

El que la ilusión primaria se pueda traducir o se convierta en un proyecto posibilita que, desde ahí, se alimente una nueva fantasía, se construya un nuevo imaginario y se recree el amor.

Este creo es el punto de inflexión que introduce el feminismo a cierta concepción de amor, donde se busca no sucumbir a lo rutinario sino permitirse el permanente asombro también de lo cotidiano, no contentarse con que el amor acaba (José José) y que ésta es la fatalidad del destino, sino más bien pensar que el destino puede ser diferente —para las mujeres no sólo cumplir el mandato de la conyugalidad y de la maternidad que, en el esquema prevaleciente genera fundamentalmente frustración, no quedarse atrapada en la ilusión, no negar los derroteros nuevos, no mantenerse en un “como si” todo fuera igual que durante el enamoramiento (de ahí el final mentiroso de los cuentos infantiles que se instaura como deseo: y se casaron y fueron muy felices), sino apostar a cambiar cualitativamente la relación.

En esta apuesta creo que va una oferta amorosa en la que el otro (sea quien sea el otro), ganaría también en humanidad; se ofrece, desde el discurso, la posibilidad de relacionarse desde la independencia y el enriquecimiento mutuo, desde la individualidad, desde el ser dos sujetos que quieren estar juntos y retroalimentarse, donde las mujeres, feministas, no queremos ser menos ni iguales, sino diferentes y equiparables.

Esto no es fácil ni se da por decreto. Implica construir un código común, generar y alimentar una confianza básica y cumplir con una serie de pruebas afectivas que las dos partes se ponen; si las pasan se pueden levantar los cimientos de un proyecto, si no sobreviene la ruptura.

El feminismo intenta tomarse ésto en serio: o construir una relación de este tipo, cualitativa y humanamente rica, o romper y seguir buscando esta utopía. Por definición (aunque sea difícil implementarlo en la práctica) no se puede, desde este discurso, aceptar una relación engañosa, supeditada a otros proyectos, subordinada a otros discursos.

Se podría expresar como “todo o nada” pero con un matiz: sabiendo que el todo se construye. Pero, o hay esta disposición recíproca o se opta por la ruptura, la soledad y la permanencia o búsqueda de esta utopía.

Y aquí viene el problema de cómo es o puede ser escuchada esta propuesta por la otra parte:

El que el feminismo ofrezca dar, pero así como da desea también recibir, resulta sumamente amenazante para los hombres en general ya que, comprometerse en un amor maduro que implica básicamente comunicación, solidaridad, confianza mutua y proyecto en común (casi nada...), les implica renunciar a privilegios genéricos que también se han construido social e históricamente.

Y de ahí la serie de paradojas que se dan en la cotidianidad —mientras que

los hombres normalmente prefieren construir relaciones “menos conflictivas”, que los confronten menos; para las feministas, la situación se puede expresar así: cuando más hacemos por ser sujetos autónomos, independientes, adultos (y entonces ser también objetos deseables del tipo de amor que requerimos) más somos vividas como amenazantes y como competitivas.

La paradoja tiene varias caras y altos costos: las mujeres feministas nos convertimos de hecho en mujeres orquestas o “superwomen” donde tenemos que ser buenas profesionistas, buenas madres, buenas amantes, buenas en todo como condición de ser queridas como queremos ser queridas; mientras el otro apela (y aquí traigo lo que me decía un amigo la semana pasada) a que es muy difícil amar a una mujer que siempre está ocupada.

Y no sólo ésto, la paradoja atraviesa también por el hecho de que la competencia real ejercida en estos roles, nos ha hecho renunciar a atributos específicos que también hacen a nuestra identidad.

Me refiero al hecho de que en esta imagen de mujeres fuertes, decididas, autónomas, con proyecto propio, hemos sido incorporadas al erotismo masculino y perdido prerrogativas propias que nos pueden dar también profundo placer: el galanteo y la seducción, todo el juego precoital del que hablabamos antes, tiende a desvanecerse: si se supone que somos iguales la pareja no tiene ya que preocuparse por pagar la cuenta del restaurant ni la cuota del hotel, es más, normalmente las mujeres autónomas de este estilo cuentan con un espacio que ofrecen al amado.

En el extremo de la paradoja resulta que muchas mujeres, de las superwoman de las que hablabamos, se ven obligadas a comprender las inseguridades y temores de su pareja (muchas se convierten en psicoanalistas de cabecera) — cosa, el comprender al otro, que puede no estar mal— pero que, otra vez, como en los mejores roles tradicionales, le supone a la mujer someter la necesidad propia al ritmo del otro. Por una vía, por demás tortuosa, muchas feministas vuelven a estar pendientes y a vivir para el otro, en detrimento de su propio deseo.

Sin embargo y hablando en positivo, si eso es posible, me parece que habría que dejar planteados los retos fundamentales: para los hombres, creo, terminar con su escisión y esquizofrenia, tal vez asumiendo que, en un tipo de relación amorosa como el propuesto, la imagen que nos devuelve el otro de uno no es tan narcisista (como en el enamoramiento) pero sí más real y que, si bien con esfuerzo, se puede construir un amor maduro que abarque la comunicación y la pasión (para dejar de separar también entre la madrecita santa y la puta).

Para las mujeres el reto sería insistir en su ser sujetos (lo que implica ser adulto, tener proyecto, etc.) pero abandonar la competencia a la que la lógica dominante nos ha llevado y no permitir la pérdida de atributos específicos que hacen a nuestra identidad. De hecho creo que corrientes del feminismo hoy reivindican la femeneidad y señalan incluso que ésta es una parte que los

hombres también poseen pero que, al estar tan negada, los hace ser tan reprimidos, tan poco amorosos en lo general (si bien hay excepciones), tan ocupados del mundo público.

El reto común, creo, es reivindicar las diferencias y asumir la tarea de construir un amor que seguramente implicará momentos de dolor, de felicidad, de plenitud, de soledad pero también y en suma de retroalimentación.

La utopía sigue viva.

NOTA

Los trabajos que integran esta sección de la Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales proceden del Encuentro sobre el “Discurso del Amor” que se llevó a cabo en esta Facultad del 21 al 23 de Agosto de 1990. Se complementan con fragmentos de autores clásicos y proponen, entre todos, una lectura temáticamente novedosa de inflexiones del discurso social.

Ese Encuentro fue el cuarto del Proyecto que sobre “Problemas del Discurso” organizó y llevó a cabo el Centro de Investigaciones Documentales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Los dos primeros (“Encuentro de Productores y Analistas de Discurso” y “Discurso e Interdisciplina”) aparecerán en volumen, en la serie “Discurso y Sociedad” que publica la Facultad juntamente con la Coordinación de Humanidades de la UNAM; los siguientes están en proceso de edición, incluido el relativo al “Discurso del Amor”.

Luego de celebrados los Encuentros, el CID recogió el material y lo procesó: grabación, desgrabación, corrección, etc. En lo relativo al material que entra en este número intervinieron principalmente Noé Jitrik y Carla Zenzes: organizaron el encuentro y llegaron, por transcripción y ajustes, a presentar originales publicables.

